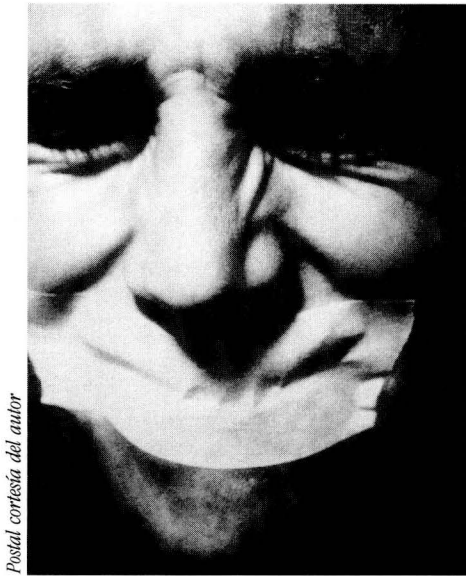


CRISIS DISCIPLINAR Y ESTUDIOS CULTURALES



Postal cortesía del autor

RESUMEN:

ESTE ARTÍCULO ESBOZA CAMBIOS ESTRUCTURALES EN EL QUEHACER DE LAS CIENCIAS SOCIALES Y PLANTEA CAMINOS DE REESTRUCTURACIÓN QUE IMPLICAN UN RETORNO A LAS MIRADAS INTEGRALES ACERCA DEL SER HUMANO. ESTO SE PROPONE A TRAVÉS DE PRÁCTICAS TRANSDISCIPLINARIAS QUE AVANZAN MÁS ALLÁ DE LOS EJERCICIOS DENOMINADOS INTERDISCIPLINARIOS. SE EJEMPLARIZA EL CASO DE LOS ESTUDIOS CULTURALES QUE OFRECEN NUEVAS MANERAS DE INTERPRETAR LA REALIDAD AL ENFATIZAR EL ANÁLISIS DE LA FUNCIÓN POLÍTICA DE LA CULTURA.

Por: **Alberto G. Flórez Malagón**

Profesor Asociado, Pontificia Universidad Javeriana.
Jefe del Programa Nacional de Ciencias Sociales y Humanas, Colciencias

En reciente conferencia en Bogotá, el filósofo español Manuel Reyes Mate afirmaba ante la crítica situación colombiana que, una de las razones por las cuales no se alcanza la paz en este país es porque ella “no se piensa lo suficiente”. El sentido de esta frase podría leerse como una crítica contundente al pensamiento sin innovación, a aquel ciclo cerrado en el cual, esencialmente, se insiste en leer la realidad de manera positiva, como si ella hablara o se nos abriera por sí sola.

Nos dedicamos a “estudiar” dicha realidad sobre todo a través de la intervención, de la cuantificación, y de la divulgación. Transcribimos nuestras observaciones y tomamos partido. De allí el auge pragmático de las violentologías y de otras maneras comprometidas de leer la “realidad” del país, principalmente desde los modelos más tradicionales de la economía, de la ciencia política, de la sociología, de la antropología y de la historia. Lo común a estos modelos es su carácter objetivista, en el cual, además, el activismo académico espera llevar a la resolución de “problemas concretos”, al tiempo que reduce el tema de la crítica al de la generación de propuestas alternativas de tipo práctico.

Una mirada retrospectiva y desencantada hacia los efectos sociales más amplios de las orientaciones y expectativas que generó el pensamiento objetivista a partir del Siglo XIX en las ciencias sociales, y que clama por un espíritu más allá de lo que se ha producido, puede resumirse en las palabras de Basarab Nicolescu:



Por una parte, el nuevo mundo de la revolución social ha sido experimentado ... y sus resultados han sido catastróficos. El hombre nuevo no era más que un hombre vacío y triste. Cualesquiera que sean los arreglos cosméticos que no tardará en sufrir en el futuro la “revolución social”, no se podrá borrar de nuestra memoria colectiva lo que ha sido efectivamente experimentado. De otra parte, si se tratara de un “paraíso perdido”... aún si ese eventual retorno se acompañara de una revolución interior dogmática, ello no sería más que una imagen retrospectiva de la revolución social. Los diferentes integristas religiosos que cubren la superficie de la tierra con su manto negro son un presagio funesto de la violencia y la sangre que podría brotar de esa caricatura de revolución interior.¹

Uno de los ámbitos donde se generaron las expectativas teleológicas de la ciencia, y que ha empezado a cambiar de manera radical, es la naturaleza misma de las disciplinas sociales, su función y su papel dentro y fuera de las instituciones. Especialmente porque las disciplinas, como espacios funcionales al desarrollo del mundo occidental, se constituyeron en sitios privilegiados de generación de sentido para el proyecto de control y disciplinamiento de las sociedades modernas.

Sin embargo, el contexto para este cambio no es solamente la naturaleza individual o la historia de una u otra disciplina. Más precisamente son las condiciones sociales y culturales para la creación y la comunicación de las ideas, artefactos, conocimiento e infor-

mación las que han sido completamente alteradas.²

Pensar un nuevo proyecto, que supere las expectativas universalistas del metarrelato occidental, implica, además de una revolución epistemológica, comprometer ética y políticamente todos los saberes en un intento por pensar diferente, por comprender de manera diferente nuestros problemas y buscarles solución a la raíz. Esta solución no se logrará si no se parte de prácticas discursivas renovadas que pasan por la revisión de los fundamentos de las instituciones erigidas en productoras centrales de sentido, principalmente las universidades, y el primer momento de esta revisión pasa por la crítica epistemológica de los saberes canónicos, la cual esbozaremos aquí brevemente.

Las nuevas ciencias sociales y humanas

El desarrollo actual de las ciencias sociales y humanas es terreno abonado para las nuevas formas de pensamiento que dicho proyecto requiere. La revolución científica que vivimos en la actualidad es una que da salidas a nuevas preguntas, a nuevas formas de conocer, formas complejas, holísticas y transdisciplinarias. Inevitablemente, a pesar de las fuertes resistencias de muchos académicos disciplinistas³, se están desarrollando nuevas ciencias sociales, nuevos campos de pensamiento y conocimiento, y por lo tanto nuevas formas de acción.

Uno de los principales puntos de ruptura que potencia esta revolución del pensamiento, es la crisis de la discipli-

nariedad y su jerarquía interna, es decir de la fragmentación de los saberes y la jerarquización de los mismos a partir de modelos científicos decimonónicos, que en sus procesos de demarcación separaron la actividad cognoscitiva de sus elementos éticos, estéticos y por supuesto metafísicos.⁴

¹ Basarab Nicolescu, *La transdisciplinariedad-Manifiesto*, Éditions du Rocher - Collection “Transdisciplinarité” International Center for Transdisciplinary Research <http://perso.club-internet.fr/nicol/ciret/> - 25 Août, 1999.

² Ron Burnett “Disciplines in Crisis: Transdisciplinary Approaches in the Arts, Humanities and Sciences” <http://perso.club-internet.fr/nicol/ciret/>

³ Unos buenos ejemplos serían: la crítica de Carlos Reynoso, *Apogeo y decadencia de los estudios culturales. Una visión antropológica* (Barcelona: Editorial Gedisa, 2000), el ya clásico debate planteado por Keith Windschuttle, *The Killing of History: How Literary Critics and Social Theorists are Murdering our Past* (New York: The Free Press, 1997), el texto de Timothy Bewes, *Cynism and Postmodernity* (Londres: Verso, 1997) y aun el más liviano pero agresivo libro de Alan Sokal y Jean Bricmont, *Imposturas intelectuales* (Barcelona: Paidós, 1999)

⁴ Aunque los sociólogos e historiadores de la ciencia nos han recordado una y otra vez cómo la ciencia y las disciplinas no son cosas sino procesos abiertos y que en la práctica de una “buena ciencia”, las fronteras disciplinares no parecen haber sido más que las excusas institucionales y gremiales para tener una puerta de entrada a una práctica que las supera en su pretensión fundacional, me referiré aquí a aquellos espacios acrílicos del ejercicio de la ciencia, que pueden entenderse como aquellos de la disciplinariedad cerrada y neopositivista que todavía se reproduce con pretensiones hegemónicas, especialmente a través del sistema educativo.

Este modelo de ciencia se fundó, como lo describe Santiago Castro, “en un modelo de ciencia que, desde Platón hasta Luhman, pasando por Descartes, Husserl y Durkheim, plantea que la cientificidad del conocimiento se obtiene solamente si existe una ‘ruptura epistemológica’ con la opinión, con el sentido común y con todo tipo de nociones ‘precientíficas’. Este *modelo de la representación*, que Max Horkheimer bautizara con el nombre de teoría tradicional, señala básicamente que a mayor distancia del sentido común, mayor es la posibilidad de crear teóricamente al objeto y de relativizar al máximo los prejuicios subjetivos del científico, incluyendo, claro está, sus valoraciones políticas y morales. Esta eliminación de los elementos subjetivos del conocimiento viene garantizada por un método incontaminado por lo social, que se funda en las matemáticas y la lógica”.⁵

Aunque la realidad no existe fragmentada, las disciplinas académicas, así la representaron.⁶ Las disciplinas siguieron sus propios lenguajes, culturas de investigación y aplicaciones prácticas. La dificultad radica en que, a medida que ellas se especializaron, cesaron de ver o aun prever las conexiones potenciales que ellas tienen con otras áreas.

La resistencia ante la propuesta fragmentadora que se fortaleció con el auge de la modernidad, se empezó a expresar dentro de las ciencias, a partir de los movimientos, al principio tímidos, hacia la pluridisciplinariedad, y la interdisciplinariedad, esa “pacífica



Postal cortesía del autor

suma de saberes” como la llamaría Nelly Richard.⁷ La pluridisciplinariedad, por ejemplo, consistiría en el estudio del objeto de una sola y misma disciplina por medio de varias disciplinas a la vez. Al tiempo, la interdisciplinariedad concierne a la transferencia de métodos de una disciplina a otra. Como se entiende, estas prácticas sobrepasan a las disciplinas, pero su finalidad queda a la vez inscrita en la investigación disciplinaria.

Más adelante, y potenciada por la crítica posmodernista, esta veta de ruptura se convirtió en alternativa cuando surgió la transdisciplinariedad. Esta nueva manera de conocer aboga por un conocimiento más allá de las disciplinas. Por una mirada integradora, comúnmente tratada como holística. La transdisciplinariedad no busca el dominio en varias disciplinas, sino abrir todas las disciplinas a lo que todas tienen en común y a lo que yace más allá de sus fronteras. La visión transdisciplinaria es definitivamente abierta y además trasciende el campo de las ciencias exactas estimulándolas para que se co-

muniquen y reconcilien, no únicamente con las humanidades y las ciencias sociales sino también con el arte, la literatura, la poesía y otras experiencias espirituales.⁸

⁵ Santiago Castro-Gómez, “Apogeo y decadencia de la teoría tradicional. Una visión desde los intersticios”, Ponencia presentada en el I Encuentro Internacional sobre estudios culturales latinoamericanos: Retos desde y sobre la región andina”. Quito, Junio 13-15 de 2001.

⁶ Immanuel Wallerstein, et al., *Abrir las ciencias sociales. Reporte de la Comisión Gulbenkian sobre la Reestructuración de las Ciencias Sociales* (México: Siglo Veintiuno, 1996)

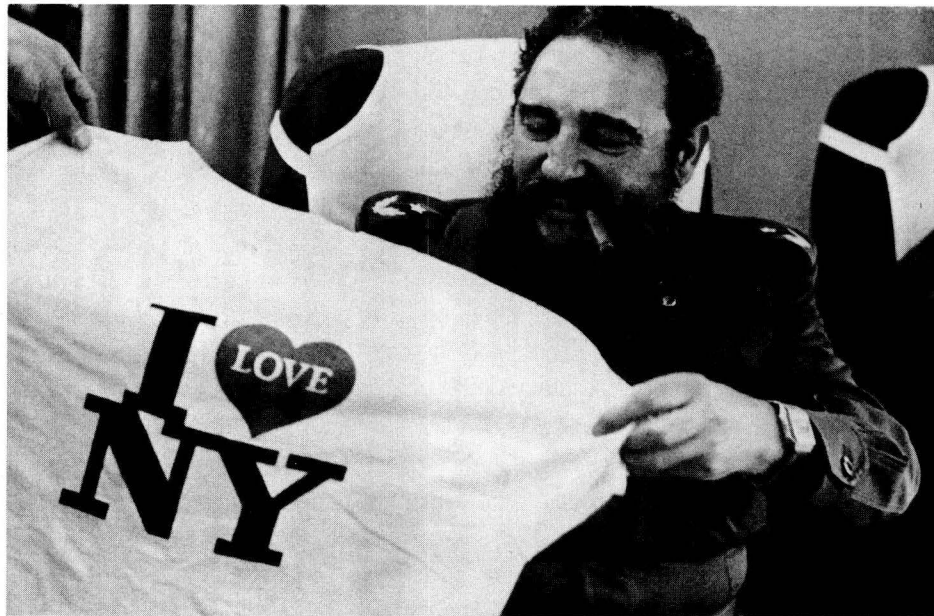
⁷ Nelly Richard, “Antidisciplinaria, transdisciplina y redisciplinamientos del saber” *Revista de Estudios Sociales*. Universidad de los Andes/ Fundación Social 1 (agosto 1998): 118-123.

⁸ Basarab Nicolescu, *La Transdisciplinariedad- Manifiesto*. Ver también *Primer Congreso Mundial sobre transdisciplinariedad. Declaración Transdisciplinaria*. Artículo 3, 5 Convento da Arrábida, Portugal, 6 de noviembre de 1994. Comité de Redacción: Lima de Freitas, Edgar Morin y Basarab Nicolescu.

A los investigadores más ortodoxos, las propuestas holísticas que acompañan a estas tendencias les seguirán pareciendo utópicas, producto de “modas intelectuales”, y aun contraproducentes e irreales ante las crisis que vive el país. Pero, ciertamente los ejercicios del nuevo pensamiento son más que ideas. Son generadores de nuevo sentido. Además, ya van permeando las instituciones tanto públicas como privadas. No sorprende, por ejemplo, la reciente apropiación del pensamiento de Edgar Morin, uno de los defensores más reconocidos de la transdisciplinariedad, por parte de la Unesco y de nuestro Ministerio Nacional de Educación en la reciente publicación de *Los Siete Saberes para la Educación del Futuro*; el auge de nuevos programas universitarios “formales” que rompen la tradición disciplinar, especialmente a través de los Estudios Culturales; o la apertura del Ministerio del Medio Ambiente por incluir en sus discusiones acerca de política investigativa otros “modos” de investigación diferentes a los estrictamente científicos.

Parte de la dinámica incluye también la fuerte resistencia y defensa ante el avance de las nuevas tendencias. Aparte de una rica y leída literatura como la mencionada anteriormente, dicha resistencia se expresa sobre todo en la inercia de la profesionalización, en la institucionalización pragmática que genera y mantiene pequeños poderes gremiales, y en la excesiva presencia de

Postal cortesía del autor



la administración financiera en la toma de decisiones universitarias con claro interés instrumental.

No olvidemos, en este contexto, el carácter legitimador del poder de la actual estructura universitaria. En Colombia, profesionalización y política pública han ido tomadas de la mano, desde épocas decimonónicas y aun coloniales. El individuo “doctor” legitimado por la Universidad sigue siendo el dueño de importantes espacios discursivos y de la realidad que ellos afectan. Desde allí accede, asciende y controla el mercado laboral, desde allí se asocia gremialmente y desde allí se relaciona con el poder en sentido amplio.

Pero esta función, lo que parece expresar es un efecto contraproducente a su propia existencia: un proceso de formación babelizadora que genera dirigentes que eventualmente se vuelven

aun sin querer, más y más incompetentes. Los desafíos mayores de nuestra época, como por ejemplo los desafíos éticos, requieren capacidades más y más amplias. Pero la suma de los mejores especialistas en sus dominios no puede engendrar, evidentemente, más que incompetencia generalizada, porque el total de las capacidades no es la capacidad: en plan técnico, la intersección entre los diferentes campos del saber es un conjunto vacío. Ahora bien, ¿qué es un dirigente individual o colectivo, sino aquel que es capaz de tener en cuenta todos los elementos del problema que examina?⁹

Es obvio entonces que la revolución epistemológica que expone y critica las prácticas disciplinares y disciplinadoras sea “subversiva” y sea tratada como tal

⁹ *Ibid.*

LA REVOLUCIÓN CIENTÍFICA
 QUE VIVIMOS EN LA
 ACTUALIDAD DA SALIDAS A
 NUEVAS PREGUNTAS, A NUEVAS
 FORMAS DE CONOCER, FORMAS
 COMPLEJAS, HOLÍSTICAS Y
 TRANSDISCIPLINARIAS.

por los que defienden los efectos que esta estructura generadora de discursos trae en la cotidianidad de “los centros de saber” y por extensión en la sociedad colombiana. Se hace imperativo, entonces, como nos lo recuerda Santiago Castro, “empezar a diseñar nuevos ‘mapas cognitivos’ que permitan conceptualizar la estructuración de un mundo social hoy en día mediado por la globalización del capital y de los imaginarios culturales. La reproducción de capital demanda la generación de imaginarios que promuevan la innovación constante, la experimentación y el nomadismo de los individuos y de los grupos sociales fragmentados.”¹⁰ Y tomará un tiempo para que en nuestras comunidades de investigadores nos demos cuenta cabal de esta tarea.

¿Y qué de los Estudios Culturales?

Las alternativas expresadas en los nuevos campos que surgen en contra de la disciplinariedad (en debate y a veces

en combate) son inmensas. Todas comparten la angustia de querer tratar de manera diferente los problemas que no parecen resolverse adecuadamente desde la ciencia disciplinar. Todas son explícitamente políticas con un claro horizonte moral (de allí la importante diferencia entre estudios de la cultura y estudios culturales, por ejemplo). Y además, han tenido alto éxito en sus procesos de institucionalización. Los estudios ambientales, de género, culturales, poscoloniales y subalternos, son algunos de los ejemplos más conocidos.

Aunque todas las expresiones de las nuevas ciencias transdisciplinares son propuestas complejas y podrían ser discutidas en cada caso particular, aquí nos referiremos brevemente a una de estas opciones, los estudios culturales, porque representan una fuerza renovadora muy importante en toda América Latina, porque en el caso colombiano su evolución ha sido muy dinámica y ya comienza incluso a institucionalizarse en varias de las principales universidades colombianas, y sobre todo porque su carácter crítico resulta muy pertinente para aportar académicamente ante la crisis nacional.

Como sintetizan Santiago Castro y Óscar Guardiola,

en el primer momento de disciplinarización de las ciencias sociales ... ninguna de las disciplinas se ocupaba específicamente de un objeto llamado ‘cultura’. La ‘culturología’ no se formó jamás debido a dos razones estructurales: en primer lugar, porque el modelo positivista que adoptaron las ciencias sociales obligaba a mirar el ámbito de la cultura como epifenómeno de leyes

objetivas; en segundo lugar, ... porque el estudio de la cultura quedó reservado, o bien a las humanidades, que no producían ‘conocimiento’ —como las ciencias— sino únicamente ‘saber’, encargadas de abordar sistemáticamente las manifestaciones de la cultura ‘alta’ y ‘letrada’ (a ello responde la creación de las facultades de ‘filosofía y letras’), o bien a los folcloristas, encargados de estudiar las culturas llamadas ‘populares’... A diferencia de las ciencias naturales y sociales, las humanidades no *conocían para transformar*, sino que *sabían para conservar*.¹¹

Es apenas durante el último tercio del siglo XX cuando esta concepción de lo cultural empieza a ser cuestionada seriamente. Nuevas voces, provenientes sobre todo de grupos marginales del primer mundo y de académicos activos en las ex-colonias europeas, empiezan a dudar de las metodologías de las ciencias sociales, y de los estudiosos más clásicos de la cultura, supuestamente orientados a estudiar leyes universales y objetivas de la vida social, que pudiesen ser aplicadas a todas las sociedades del planeta. Actores políticos como las mujeres, los homosexuales y las minorías étnicas pusieron en cuestión la neutralidad de las ciencias sociales y denunciaron su parcialidad en términos de género, clase y raza.

¹⁰ Santiago Castro, ed., *La Reestructuración de las Ciencias Sociales en América Latina* (Bogotá: Centro Editorial Javeriano, 2000), XXII.

¹¹ *Ibid*, XXXII



En este contexto surgieron los estudios culturales como nuevo espacio de encuentro entre las disciplinas...¹¹

La principal tarea de los estudios culturales es, entonces, la de enfocarse al estudio de la función política de la cultura. En otras palabras, estudiar las prácticas culturales y sus relaciones con el poder. De allí que su preocupación constante sea exponer las relaciones de poder y examinar cómo estas relaciones influyen y moldean las prácticas culturales. Este enfoque crea una diferencia con los estudios de la cultura que desarrollaron las disciplinas clásicas, en los cuales se concebía la cultura como una entidad discreta divorciada de su contexto social o político. Los estudios culturales por lo tanto insisten en la no separación de la experiencia subjetiva cotidiana de la red más amplia que la contiene.

Los estudios culturales se orientan como campo académico hacia una evaluación moral de nuestra sociedad y hacia una línea radical de acción política. Explicitar esta función plantea una doble tarea que implica un trabajo interno crítico, el cual explicitaría los supuestos políticos que orientan la producción y reproducción de conocimientos, y segundo, una vez expuestas las opciones, la generación de proyectos de comunicación acordes a las nuevas orientaciones.

Aunque es claro que el tema no se plantea en una sociedad intelectualmente monolítica, aunque sí con muchos grupos de ese tipo, armados y no, también es claro que la convivencia de diferentes posiciones, se da en contextos donde algunas posiciones son más

dominantes que otras y por tanto estas últimas son las que más aportan en el componente de formación. Explicitar e incluso reevaluar dichos supuestos dominantes es una de las primeras tareas que los estudios culturales proponen en un ejercicio que podríamos llamar de “pensar el país”.

La segunda tarea implica una exigencia importante a las instituciones educativas y de investigación. No es posible continuar reproduciendo prácticas sociales y culturales que alimentan las expresiones viciadas de nuestra vida pública. Y el corazón de estas deformaciones no es otro que la reproducción acrítica de lo cultural. La necesidad de empezar con la crítica institucional responde igualmente a la función doble que ejercitan los estudios culturales: la cultura es al tiempo el objeto de estudio y la localización de la crítica política y la acción.¹²

Las instituciones se convierten, en esta perspectiva, en campo de debate y en consecuencia comunican su esencia crítica a la sociedad más amplia. Entonces, la propuesta de los estudios culturales busca complementar el aporte de las disciplinas que siguen canalizan-

do sus energías en los campos del análisis tradicional, para que pueda darse cuenta de contextos holísticos que pueden ser interpretados de manera renovadora desde el nuevo campo, especialmente en contextos de violencia, en los cuales la practicidad de la cotidianidad parece cerrar el pensamiento con más frecuencia de la que percibimos.■

¹¹ *Ibid.*, XXIII. “La ‘cultura’ de la que se ocupan los estudios culturales tiene menos que ver con los artefactos culturales en sí mismos (textos, obras de arte, valores, tecnologías, conocimientos, etc.), que con los procesos estructurales de producción, distribución y recepción de esos artefactos. Lo que se busca investigar son las prácticas a través de las cuales es *construida políticamente la subjetividad*... Los modos diversos en que nos ‘abrimos al mundo’, antes que expresión orgánica de la identidad de un pueblo o de competencias universales de la ‘naturaleza humana’, son construcciones que se hallan ancladas en sistemas materiales de significación atravesados por lógicas y relaciones de poder. Los estudios culturales toman como objeto de análisis esos mecanismos de producción de significados, el modo en que se reproducen y distribuyen, los dispositivos de selección que utilizan, así como la forma en que se genera la dialéctica entre sujeto y estructura”¹¹.

¹² Ziauddin Sardar y Borin Van Loon, *Cultural Studies for Beginners* (Cambridge: Icon Books, 1997), p. 9.